

ple igual demostracion respecto á las ciencias y á la literatura; y así habremos probado cuánto debe la civilizacion al clero: hecho esto, las misiones de la Oceanía, Mesopotamia, China, Japon y otras nuevamente emprendidas, nos dirán cuánto ha hecho por la humanidad, aun entre las lágrimas del infortunio, y de este modo se patentizará en nuestro escrito la injusticia de sus enemigos, y entre las nubes de dicterios, acusaciones, insultos y blasfemias que se les prodigan, aparecerá más resplandeciente su inocencia, y, si bien mas acrisolada, más hermosa por lo mismo su virtud, y más negra, fea y horrible la conducta de sus perseguidores.

Empezamos, pues, nuestro trabajo, y para probar cuánto seguía el clero elevando las ciencias bastará anotar que en todas las universidades del mundo se encuentran los sacerdotes, frailes y monjes ornados con borlas de doctores, ocupados en la enseñanza, desempeñando cátedras y haciendo brillar las ciencias con luminosos comentarios: regístrense las bibliotecas, y si se quitan las obras que el clero ha compuesto en todos los ramos del saber, se verán casi desiertos sus estantes; además, compárese el mérito de las obras que ha producido su pluma y el de las que ha dado á luz la de los seglares, y se verá que, si no son superiores en todos los ramos, lo son en muchos, y en los que no, por lo menos no son inferiores: podría-

mos citar el catálogo de los hombres eminentes que el clero ha producido y que en hombros de su genio han elevado las ciencias; pero siendo de todos conocidos y por demas numerosos, creemos que haria pesado nuestro escrito, sin añadir mérito alguno intrínseco á la obra, por lo cual referiremos solamente algunos que demuestren que en todos los ramos del saber fueron eminentes; así vemos que honran el mundo los conocimientos que el clero reveló en el célebre concilio de Trento, que ilustran la Europa nombres que los sabios veneran, salidos de esas filas que maldicen los detractores, de esos monasterios inútiles, de esos conventos que se dicen asilos de la ignorancia: allí vivieron los Canos y Covarrubias, allí los Salazares y Sotomayores, allí los Granadas y Siliceos, allí las Teresas y Agredas, allí los Marianas y Flores, allí los Feijoos y Sarmientos. Entre el clero salen genios que hacen avanzar el progreso intelectual; uno esplicando á Job, descubre el movimiento de la tierra, otro espone la inscripcion de la columna de Trajano: este es el dominico Chacon, aquel el agustino Stúñiga. El teatro crítico será siempre el primer paso para la restauracion de las ciencias, y á un fraile deberá su revolucion la medicina, que contará al P. Rodriguez entre sus mejores adalides. Los misioneros en sus viajes, nos darán noticias geográficas del mayor interes, nos traerán nuevas plantas, nos ense-

ñarán su cultivo, nos descubrirán sus virtudes; y así veremos, que todas las ciencias reciben del clero su incremento, su progreso, su encumbración.

Pero el clero no se contentó solo con protegerlas y cultivarlas, sino que facilitó su propagación; siempre dispuesto por la caridad á hacer el bien á sus hermanos, se consagró á la enseñanza, y no contento con regentar cátedras en las universidades y colegios, las estableció en sus monasterios y conventos; allí cada monje era un maestro, cada fraile un profesor, y cuantos no podían estudiar en las universidades ni en los seminarios, venían al claustro á instruirse, y allí se les enseñaba; y de esta manera se han ilustrado ingenios que nunca hubieran sido conocidos, y se han elevado á la historia familias que hubieran muerto en la confusión general. Esto hacia y esto hizo, esto practicaba el clero regular cuando fuimos esclaustrados; yo podría notar los hombres que, entonces niños, estaban recibiendo su educación en los claustros, y que, merced á lo que allí aprendieron, hoy figuran entre nuestras notabilidades; yo podría nombrar personas que en los conventos y monasterios eran alimentadas para seguir una carrera, y que hoy quizá han hecho mas que olvidar estos beneficios; yo pudiera avergonzar á muchos, pero mi objeto está cumplido; he demostrado que hasta la esclaustración de los regulares y la hu-

millación de los seculares, eran unos y otros útiles á la civilización, y que protegieron la ilustración de Europa los que quedaron, mientras civilizaban las nuevas tierras conquistadas los misioneros, y fundando ó promoviendo la fundación de universidades en aquellos países, echaban los cimientos á su ilustración. El clero continuó como habia empezado, siendo útil á las ciencias, consagrándose á su estudio, ocupándose en su propagación, y de este modo estuvo siempre al frente de la ilustración.

Pasando de las ciencias á la literatura, la vemos florecer bajo las cogullas y capillas, bajo las mitras y las sotanas; el clero de todas clases y condiciones la cultivó con esmero, con asiduidad: llenos están todos los países de sus obras, y el mundo literario se honra con los ilustres nombres de Fr. Luis de Leon y Calderon de la Barca, de Tárrega y Padilla, de Tirso de Molina y Fr. Gerónimo Bermudez: la oratoria proclama á Bossuet, Fenelon, Flechier, los PP. Isla y Gallo, los obispos Climent y Bocanegra, mientras honran la historia los PP. Mohedanos, Merino, Risco y los abates Masdeu, Andrés y otros, que ocuparían estensos volúmenes si hubiéramos de referirlos, pudiendo en nuestros dias contar eclesiásticos no menos eminentes en este particular, y en número más que suficiente para protestar contra la acusación y desmentir la calumnia. Bien quisiéramos

que los detractores pudieran presentarnos tantos servicios hechos por civilizar las naciones; bien quisiéramos que en cambio de tantas obras inmorales como salen de sus plumas, nos presentasen trabajos tan civilizadores como salieron de las plumas del clero, como salen hoy día, como saldrán mientras subsista; y entonces seguramente no tendríamos que llorar los estravíos de la sociedad, la inmoralidad que la aqueja, las desgracias que la oprimen, los males que por todas partes cunden, cuyo remedio todos piden, y cuyo término solo el clero puede fijar, cuando los gobiernos, persuadidos que él es el único elemento civilizador de las naciones, el único elemento de orden de los pueblos, el único elemento de moralidad de los individuos, pongan en sus manos los recursos necesarios para llevar á cabo su obra. Lo decimos con orgullo: el clero salvó la civilización, el clero es el único que la salvará, porque es su padre, su protector, su única esperanza, digan lo que gusten sus enemigos, acúsense como quieran sus detractores.

También el clero fué siempre el amigo mas sincero de la humanidad, y esa milicia dispuesta á llevar el bien á todas partes en alas de su caridad, sin mirar á las persecuciones, á los trabajos y á la muerte; cuando un país los repele buscan otro donde ejercitar su elevada misión. Hemos visto con dolor repellido el regular de nuestra patria y

la cruel persecucion de que ha sido víctima, y los hemos visto desnudos y con el breviario debajo del brazo esponerse á todo por llevar la luz de la fé á los mas remotos países: el corazón se llena de alegría contemplándolos internarse en la Mesopotamia para llevar con la palabra de Dios el Evangelio, áncora y puerto de la humanidad: nosotros contemplamos con orgullo la Oceanía, y vemos allí los hijos de S. Benito que arrojó la maldad de nuestro suelo civilizando aquellos salvajes y haciéndolos sustituir á sus antropófagos convites los fraternales vínculos del amor de familia, y á la poligamia los castos deleites del amor conyugal: nosotros contemplamos las salvajes, buscando la cabaña del misionero para dar á luz, confiando al cuidado del apóstol de Dios al hijo de sus entrañas, que de otro modo serviría de alimento á su desgraciada tribu: nosotros no perdemos de vista á este hombre tan acriminado en este siglo de mentida filantropía, recogiendo las tiernas criaturas, alimentándolas y acallando sus llantos con la mayor paciencia, con la mas acendrada caridad: nosotros le consideramos perseguido en la China, sacrificado en el Japon; allí los hijos de Agustin, Francisco y Domingo, padecieron y padecen; pero constantes aquí y animosos allí, sin desistir de su civilizadora y humanitaria tarea: esta vista nos consuela, nos entusiasma, nos arrebatada, y con sola ella tenemos mas que suficiente para contestar

á la calumnia, más que suficiente para desmentir la detraccion. Nosotros pudiéramos muy bien decir á los enemigos del clero: "Ahí teneis al hombre que acusais de enemigo de la humanidad, salvándola, mientras vosotros escitais revoluciones que la vejen. Ahí teneis, mientras por un vil egoismo precipitais los pueblos á los combates, al misionero escitándolos á la paz; y cuando á impulsos de la guerra y al furor de los partidos parece que anhelaís convertir en un desierto la Europa, convirtiendo los desiertos en florecientes ciudades, ese mismo hombre que como inútil, cruel, sanguinario y perjudicial, habeis lanzado con ignominia de este suelo, sin quererle conceder lo que no negais á los mayores criminales."

Esto solo bastaria para confundir á los acusadores, pero como nuestro objeto es probar que hasta su último momento, hasta nuestros dias ha sido el clero civilizador y humanitario, y esto lo hemos cumplido demostrando sus últimos triunfos civilizadores y humanitarios, creemos llegado el momento de poner término á nuestro trabajo, y se lo ponemos solo con el sentimiento de no haberle llenado, como otras plumas mas elocuentes que la nuestra pudieran haberlo hecho, si bien con la satisfaccion de haber hecho sonar nuestra débil voz en defensa de una causa tan justa, y advertido á los detractores que aun queda espíritu para defender la verdad en este siglo, que parece ha-

ber alzado el trono de la mentira y aglomerar en su rededor todas sus fuerzas por sostenerle.

Concluimos, pues, con asegurar á los perseguidos nuestra afeccion, á los perseguidores nuestra indulgencia; la primera nos la prescribe el cariño, la segunda la caridad: que el Señor derrame sobre todos su gracia para que los unos por medio de la resignacion, y los otros por medio del arrepentimiento, sean dignos todos de gozarle en la eternidad, sirviéndole y adorándole en el mundo. Tal es nuestro deseo; tal es nuestro objeto, y por eso elevamos al Señor nuestras preces. ¡Quiera Dios que sean bien admitidas! ¡Quiera el Espíritu divino inspirarlas y la Madre del Amor Hermoso acogerlas! Entonces habremos llenado en parte la mision sacerdotal á que fuimos llamados. En tanto pedimos perdon si hemos ofendido á alguien, protestando que perdonamos á cuantos nos hayan ofendido, y bueno ó no bueno, cuanto llevamos escrito lo sometemos al fallo de la Iglesia católica, apostólica romana, en cuyo seno hemos nacido, cuyas doctrinas acatamos, y cuya fé profesamos, y en ella queremos vivir y morir, porque sin ella no hay felicidad, última advertencia que hacemos á nuestros amigos y á nuestros enemigos.